

3. 15M. Más allá de la lírica

Las naturalezas (ya no tan subterráneas) del 15M

Ángel Calle Collado

Los ciclos de protestas son irrupciones volcánicas del descontento: se ven, confluyen en un momento que se vuelve catártico, extienden su aroma por el aire, modifican la vida a su alrededor. Estos ríos se fraguan en silencio, en los interiores, recorren nuestros pies. Emergen por un cúmulo de presiones y una posibilidad de fisuras que ellos mismos expanden en su camino hacia el exterior.

Hablar del 15M, a mi entender, es tratar de referirse a ese magma subterráneo. Solo así nos daremos cuenta de las consecuencias de la irrupción de un fenómeno que viene encontrando su sentido décadas atrás, incluso en otros siglos. Este país está preñado de estas corrientes, apenas visibles si no se es parte de ellas. Colabora en ello el carácter localista de algunas de sus culturas políticas: tradiciones libertarias y anarquistas, nacionalismos periféricos, el localismo cultural. Difícil construir un 15M en países como Alemania. El “gobierno de los muchos” no tiende a centralizar sino a dispersar el poder. Tiende a emerger y replegarse, a localizarse y buscarse en todo el mapa ibérico, a ser de “mi plaza y de mi pueblo” y buscar la construcción de grandes horizontes, como el de una democracia “real”. Universalismo puesto en cuestión y singularidad que pretenden convertirse en magma colectivo son dos elementos paradójicos que están detrás de la cultura del 15M. Una cultura que apunta más allá de una irrupción más. Es, a mi entender, y como he venido desarrollando en otros textos (*Nuevos Movimientos Globales, Aproximaciones a la Democracia Radical, Democracia en movimiento*) todo un ciclo de movilización, un cambio radical de formas de entender la política (poder estructurado) y lo político (poder próximo), que, esta vez sí, nutre y se nutre de un contexto internacional de hipersensibilidad frente al poder, frente a la globalización capitalista y las formas jerarquizantes y acrílicas de determinadas herramientas modernas, entre ellos los grandes partidos y sindicatos. Sucede también, ahora, que el magma está por dentro y por fuera, en la superficie

y en los barrios, en la conciencia y en las redes, en internet y en las asambleas, ya no es tan subterráneo.

¿De dónde viene este magma cada vez más visible?

El 15M supone una sedimentación de prácticas y discursos que, en nuestro país, podemos rastrear desde finales de los 90: las protestas desobedientes en tiempo de elecciones como en la consulta sobre la deuda del 2000 o el 13 de marzo de 2004; toda la crítica a la llamada globalización desde cumbres alternativas y foros sociales; el *reclaim the streets* reconvertido en *toma la plaza*; dinámicas de lucha social en clave de barrios que se revitalizan; las protestas en internet frente a la Ley Sinde y las comunidades virtuales que las arroparon e hicieron posible (desde *hackers* hasta foros de discusión y encuentro); o las más recientes convocatorias sistemáticas de protestas sobre temas concretos (V de Vivienda, Malestar, Juventud sin Futuro, etc.), base primera de la manifestación que se lanzara desde la plataforma Democracia Real Ya.

Como sus predecesores, el 15M mantiene y saca lustre a la “hipersensibilidad frente al poder”. Se trata de una característica distintiva de los *nuevos movimientos globales*¹¹, que tienen en la democracia radical su sustrato (horizontalidad, deliberación) y opción de crítica (democracias desde abajo). Se aúnan críticas materiales (precariedad, pacto del euro) y expresivas (lo llaman democracia y no lo es). Pero lo novedoso, lo catártico del 15M, es su capacidad de atracción del descontento disperso, la facilidad para transformar la indignación en potencial de articulación desde la diversidad y su templanza para proponer procesos de participación y de protesta que no generan ansiedades en sus integrantes sino ilusión por iniciar una “segunda transición”, esta de carácter civil y sin pactos de élites de por medio.

Desde mi análisis, la caracterización principal del 15M sería la de ser un espacio dedicado a la creación de *bienes políticos*: estructuras de participación (redes de ágoras físicas y virtuales, movilizaciones, formas porosas de coordinación), culturas y actitudes políticas (cimentadas en una democracia “desde abajo”) y motivaciones para la acción (indignados e indignadas que se reconocen en un grito de “¡ya basta!”). En esta última dimensión añadiría un discurso crítico y en construcción sobre alternativas a esa crisis autoritaria a la que conducen la modernidad de los expertos, el capitalismo (financiero), las jerarquías patriarcales o la insustentabilidad (social y ambiental) del modelo de consumo.

Al respecto, en el mes de junio recogí dos testimonios interesantes e ilustrativos de dos activistas jóvenes (25 y 29 años respectivamente):

¹¹/ Para una profundización, ver Calle, A. (2005) *Nuevos Movimientos Globales. Hacia la radicalidad democrática*. Madrid: Editorial Popular.

(...) pero a mí lo que más me interesó desde el principio fue que esto, si se conseguía que la gente comenzara a tener un poco de pensamiento crítico y empezar a analizar las cosas que les rodeaba, que ya te digo, que yo lo más interesante que saco de aquí es que la gente piense.

(...) porque mi percepción general es que un país con un ambiente depresivo y una cultura de la queja... y entonces bueno, romper la queja a pequeña escala en la casa y sacarla a la calle, para mí ese acto de denuncia ya es... ya es un primer paso.

Estos bienes políticos no se adscribirían, por lo general, a una ideología clásica (narrativa cerrada, orientación hacia proyecto social establecido), sino a un interés en construir una nueva cultura política que se retroalimenta sobre demandas y prácticas específicas en torno (y fuera) de las coordenadas del actual sistema político. Dicha cultura política se ha concretado en tres grandes perfiles de movilización, tres grupos o agregaciones sociales que, a su vez, se agregan, complementan e intersecan para dar vida al 15M. Dichos espacios serían: *DRY*, *tomaplazas* y *comunautas*.

A mi juicio, existen tres razones que nos explican, por un lado, el éxito del 15M en cuanto convocatoria social; y, por otro lado, la necesidad que ha tenido el 15M de desplazarse a los barrios. Para entender el fenómeno del 15M es preciso distinguir entre factores mundiales y factores propios de nuestro contexto. Entre los *factores mundiales* (generales) despuntan: el impulso a una globalización capitalista que precisa formas autoritarias de gobierno, el cambio de ciclo de movilización con la emergencia de los nuevos movimientos globales y, en consonancia con ambos, el despegue de las nuevas tecnologías de la comunicación y de la información (NTIC). Entre los *factores de naturaleza ibérica*² encontramos a escala local: una juventud desfavorecida por el contexto económico y por el estado del bienestar; y, como matriz cultural propia de este país, el 15M encuentra su apoyo en culturas políticas que promueven el hacer local y descentralizado (tradiciones libertarias y anarquistas, nacionalismos periféricos, localismos como referencia de la acción de protesta). Descontentos y exploración de nuevas formas de acción se interrelacionan. Y en ese momento, la proximidad del ciclo internacional de protestas de la primavera “árabe-africana” es el detonante que, como veremos, crea una sinergia global con otras protestas menos visibilizadas mediáticamente.

Factores globales

El cambio de siglo sembró el despegue de lo que defino como los *nuevos movimientos globales*. En primer lugar, el afianzamiento de una globalización

²/ Extensible a la situación periférica de España y Portugal (con sus movimiento de indignados) con respecto a las potencias económicas europeas; y en particular, a la diversidad cultural del Estado español que se conjuga, a la vez, con una gran diversidad de culturas de protesta, existiendo entre ellas un importante foco de acentos locales y libertarios.

capitalista precisa de *democracias autoritarias* para hacerse reproducible, en cuanto a estructuras económicas (mercados internacionales, flujos financieros y energéticos) y políticas (espacios de decisión transnacionales, privados y opacos, al margen de la ciudadanía).

En segundo lugar, la caída del Muro de Berlín, los encontronazos con la “vieja izquierda” (parlamentaria y sindical) a propósito de crisis económicas precedentes y la crítica de la sociedad del consumo, aparte del auge de luchas en diferentes puntos del planeta, hicieron que en los 90 se expandiera la necesidad de reinventar la política. Los zapatistas, que se levantaron en Chiapas en 1994 tras un largo proceso de trabajo en comunidades indígenas, acertaron a simbolizarlo en sus lemas: “*los rebeldes se buscan*”, “*camínamos preguntando*”, etc. Se trataba de construir nuevos espacios de desafío que valoraran, por encima de todo, la diversidad, los procesos, el caminar desde expresiones (radicalmente) democráticas.

En tercer lugar, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, en particular internet, son el caldo de cultivo para alimentar las nuevas formas de hacer política. Ahí en el 15M encontraremos la retroalimentación entre *comunautas*, que crean espacios políticos y de protesta en internet, comunidades sin proximidad de trabajo y acción, y los que toman *plazas* y *barrios*. De hecho, son los propios movimientos sociales los que alimentan el desarrollo de las nuevas tecnologías y sus aplicaciones como “caldera” para las protestas, a escala internacional incluso: desde las iniciales páginas web *take the square* y el uso del twitter como señal para la acción, hasta los actuales grupos de trabajo que se dan cita en el proyecto N-1, pasando por retransmisiones en directo o proyectos de construcción colectiva de noticias e incluso documentales. Se facilita así la capacidad de poder sentir un “nosotros” global, ejemplificado en el hermanamiento, coordinación puntual y seguimiento del “movimiento de los indignados”, del lema “*somos el 99%*” aquilatado en las calles de Nueva York y de las distintas plataforma “Occupy” esparcidas por el mundo.

Todo lo anterior va calando lentamente en los procesos de acción colectiva y hace que los movimientos sociales de nuevo cuño, en convivencia con formas más tradicionales, tiendan a volverse *globales* en tres ámbitos:

1. *Internacionalistas y planetarios*, entendiendo el mundo como compartido y sometido conjuntamente al gobierno autoritario de mercados mundiales y hábitat global que se vuelve menos sustentable, menos habitable. Esto origina *cuatro rupturas civilizatorias* a escala mundial, que crean descontento en numerosos sectores: i) el capital financiero con respecto a la economía productiva y el desentendimiento de esta, vía sociedad consumista, con nuestras necesidades básicas; ii) los Estados con la ciudadanía, que no tienen ya un apoyo o ventanilla donde acudir a reclamar; iii) la precarización y movilidad

obligada que destruye vínculos (territoriales, afectivos, laborales, etc.) y atomiza individuos; y iv) la pérdida de conciencia de especie que enfrenta a la humanidad con la naturaleza.

2. Que problematizan como un todo las injusticias, a través de un *diagnóstico global sobre cómo logramos (o no) satisfacer nuestras necesidades básicas* (materiales, expresivas, ambientales, incluso afectivas como la autoestima); de ahí que propongan como manifiestos discursos-en-red, hilvanando un conjunto de cuestiones como equivalencias de situaciones o luchas sociales: “somos esto y lo otro”, “queremos esto y esto y eso también nos lleva a...”
3. Y que buscan, a su vez, un cambio global desde formas de *democracia radical*³ (desde abajo, deliberativa, basada en la horizontalidad reticular); aquí encuentran el sustrato desde el que relacionarse (redes de ágoras, asambleas, foros sociales, autogestión de necesidades básicas); posteriormente, desde estas mimbres se podrán exponer contradicciones o propuestas muy actuales que desembocan en una crítica constructiva para lograr una *democracia participativa*, unas instituciones que, al menos, puedan abrir puntualmente sus agendas o sus formas de decisión⁴.

Como consecuencia, se aceleran procesos de entendimiento de lo social desde la diversidad, con énfasis en construcciones horizontales, flexibles (para entrar y salir de la comunicación o de la interacción social), y que permiten la intersección de prácticas y culturas políticas muy diferentes. Como me indicaba una veterana de luchas sociales en la ciudad de Córdoba a propósito del 15M:

el aspecto más positivo que veo es, a parte del tema asambleario y tan abierto, que eso sobre todo la gente más mayor que venimos de grupos marxistas, sindicatos verticales y de sindicatos que aunque no sean verticales son absolutamente ejecutivista y toda la historia, pues nos llama la atención... un tema tan participativo que lo mismo cuenta la palabra de alguien que lleva aquí durmiendo diez días en el suelo que la de alguien que acabe de asomarse cinco minutos para ver de qué va la historia

Si nuestras identidades, en especial bajo la mundialización de referencias, se nos aparecían como un hecho procesual, abierto e intersecado por múltiples culturas⁵, ahora no es solo un elemento de partida, sino también una propuesta de llegada: “*los rebeldes se buscan*” (reformistas y revolucionarios), “*somos muchos*

³ Para una introducción crítica a la praxis y perspectivas políticas detrás de este concepto, ver Calle, A. (ed.) (2011) *Democracia Radical. Entre vínculos y utopías*. Barcelona: Icaria.

⁴ Sobre la pugna entre democracias y las alternativas, ver el libro citado, *Democracia Radical. Entre vínculos y utopías*. También en internet está disponible el artículo *Democracia en movimiento*, en la revista Relaciones Internacionales, n. 12, 2009 [[http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/index.php?journal=Relaciones_Internacionales&page=article&op=view&path\[\]=174](http://www.relacionesinternacionales.info/ojs/index.php?journal=Relaciones_Internacionales&page=article&op=view&path[]=174)]

⁵ Para una discusión de la identidad en esta clave multirreferencial, abierta y procesual, acentuada por los tiempos que atravesamos, ver los trabajos sobre globalización de Saskia Sassen y Manuel Castells.

“Universalismo
puesto en cuestión y
singularidad
que pretenden
convertirse en
magma colectivo
son dos elementos
paradójicos que
están detrás de
la cultura del 15M”

y *diversos*” (Foro Social Mundial), “*Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes, otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos*” (manifiesto Democracia Real Ya). Triunfa la política del y sobre la política del o. La política del o es más propicia o característica de la diferencia, de la identificación con un tema o siglas de actuación, más propia del movimiento obrero pero también presente en las corrientes de protesta surgida en los 60 y los 70 que enfatizaron la autonomía o la diversidad de luchas. La política del y

enfatisa la agregación, la diversidad y la horizontalidad, permitiendo procesos a la vez que “dificultando” sedimentaciones. Pero “funciona” como atractor de descontentos y expresiones, tendiendo a situar muchas voces en un primer plano. Por ejemplo, en el 15M son muchos los ejemplos de manifestaciones culturales construidas colectivamente, desde la prácticas del y, sin una autoría personalizada: video, poesía, documentales, producciones musicales, medios informativos, micrófonos abiertos, cómics, etc. No existe una corriente cultural que domine, sino vías de expresión desde abajo, abiertas y participativas.

Factores locales

Sostengo que estos factores que “globalizan” los movimientos en el sentido antes expuesto (mundo, problematización de necesidades en su conjunto, democracia “desde abajo”) han precisado de factores concretos, factores de naturaleza ibérica, dinámicas coyunturales o contextualizadoras que nos explican la efervescencia del 15M en este país, y no en otros, por ejemplo, del contexto europeo. El primer factor será la “juventud sin futuro”. Las expectativas de vivir en un mundo mejor se truncan, especialmente entre la juventud española: sin empleo, sin apenas derechos, sin acceso a vivienda, sin espacios no mercantilizados de expresión o de ocio, etc. Este país está marcado especialmente por un truncamiento de las expectativas creadas para las nuevas generaciones: la democracia no es democrática; el estado de bienestar no soluciona, ni pone coto, al malestar y a la precariedad juvenil; no existen herramientas políticas para canalizar el descontento. No hace falta acudir a factores globales para entender el “cabreo juvenil”. En el cotidiano se observa el mundo como un “futuro lleno de peligros” tal y como me comentaba una activista en Madrid los primeros días de la acampada en Sol. Ese futuro preocupante crea una disonancia en las cabezas de la gente. Si no hay futuro (Juventud sin Futuro o Malestar como campañas previas al 15M) entonces hay que romper con este presente, lo primero descolonizando los imaginarios sobre la confiabilidad de los satisfactores modernos:

efectivamente ha habido una ruptura en ese imaginario, más o menos idílico que nos llevan inculcando, digamos... eh... que nos han encauzado desde hace décadas, en el que se mantiene efectivamente que a través de una serie de estudios, de títulos, de reconocimiento profesional, vas a poder, digamos, aspirar a alcanzar un poder de consumo.

Esta ruptura ha buscado echar mano de herramientas disponibles. No había muchas estructuras de participación con las que la juventud se identificara. Pero sí existe en este país una tradición de memorias de hacer desde lo local, desde abajo, que han propiciado que se diera credibilidad a las formas de organización tan reticulares y descentralizadas presentes en el 15M. Todo ello, con el impulso y apoyo de las nuevas tecnologías que dan aires a estas matrices de democracia radical, desde abajo.

Por último, el factor coyuntural que nos explica este surgimiento tan explosivo y contagioso (dos tercios de la población apoyaban sus proclamas, entre seis y ocho millones participaban en alguna de sus iniciativas, según diversos estudios) es la conexión con el ciclo de protestas internacionales que inaugura la primavera “árabe-africana”. Un ciclo que comparte lectura y descontento, en diverso grado y adaptándose al contexto, de las cuatro rupturas que justifican y nutren el asentamiento de democracias autoritarias. En los últimos años, como parte de esta cultura emergente de los nuevos movimientos globales y el despliegue de internet, se vienen sucediendo revueltas que tienen en la reclamación de democracia su razón de ser. El caso más notorio, más difundido, y más relacionado con la difusión de nuevas tecnologías, es el de las revueltas árabe-africanas. Aquí internet ha apoyado la conjunción (no ha creado por sí misma) de redes físicas heredadas de protestas previas: descontentos frente al autoritarismo, crisis alimentarias, ajustes estructurales. Pero también podemos situar aquí, en pleno siglo XXI: la crítica del bipartidismo que da pie en Europa a la emergencia de partidos contestarios de corte liberal o libertario en Europa (caso de los partidos piratas); *La otra campaña* protagonizada en México por redes afines al EZLN; movilizaciones juveniles más dirigidas a canalizar descontentos que a desarrollar estructuras políticas, como el caso de *Y en marre* en Senegal; también contamos con los “indignados” de Israel y la *Plataforma 15 de Outubro* en Portugal; o procesos de matrices comunitarias como *Democracia real* en India; acampados también en Brasilia; el *Movimiento 20 de Febrero* de Marruecos promovido, entre otros, por los Diplomados en Paro; el fenómeno *Occupy* en diversos lugares del mundo; etcétera.

Inusualmente, dadas las cortapisas ideológicas de los medios de masas, y contribuyendo a mi evaluación de la hondura de los impactos del 15M, la revista *Time* (diciembre 2011) señalaba al activista o manifestante (*the protester*) como “la persona del año”, por:

(...) combinar las viejas técnicas con las nuevas tecnologías para prender una luz en la dignidad humana y, finalmente, por conducir el planeta hacia caminos más democráti-

cos [...] las protestas han ocurrido en países cuyas poblaciones superan los tres mil millones de habitantes, y la palabra protesta ha aparecido en medios de comunicación y en internet de manera exponencial, como antes no se había visto [...] Y aunque dicha protesta se entendía de manera diferente en diferentes sitios, la idea de democracia estaba presente en cada encuentro⁶

No hablamos pues, de la simple influencia de la primavera africana-árabe, nos situamos en la contestación global de dinámicas de desarrollo y de formas de gobierno, es decir, en un conflicto desatado, globalmente, en torno a qué *satisfactores* vitales (sociales, económicos, políticos, tecnológicos) se consideran legítimos y convenientes para satisfacer nuestras *necesidades básicas*, entre ellas el acceso a decidir sobre cuestiones que nos afectan.

El 15M, y algunos de sus antecesores como las protestas en internet frente a la llamada Ley Sinde, Juventud Sin Futuro, Malestar, entre otros, encajan a la perfección con las oleadas de protestas que, desde la transición política, vienen sacudiendo este país por parte de las nuevas generaciones. Se trata de jóvenes y de movimientos juveniles a los que las élites, por lo general, no escuchan, menos aún responden. Entre el 85 y el 87 surgieron movilizaciones (estudiantiles, movimiento de objeción de conciencia) que comenzaron a desmarcarse de la tutela política de organizaciones como los partidos de izquierda, entrando más en el mundo de los nuevos movimientos sociales reinante en Europa. Unos 7 años más tarde, entre el 92 y el 94, esta referencia social más juvenil retomaría impulso con las acampadas que pedían el 0,7 del PIB como ayuda al desarrollo, el movimiento anti-Maastricht, una ola ocupaciones importantes en grandes metrópolis, la experiencia de protestas de Desenmascaremos el 92 y la campaña 50 años Bastan que recibiría en 1994 al Banco Mundial en Madrid. Y luego de ahí saltamos *otros siete años* aproximadamente (parece el número mágico de este país en la oleada de movilizaciones) al 2000 y 2003 con las llamadas protestas “antiglobalización” que esta vez se extienden hasta el 2004, culminando con un fin de semana de intensa desobediencia en las calles tras las mentiras reproducidas a raíz de los atentados del 11 de marzo en Atocha. Y si tomamos este 2004 como referencia, nuevamente siete años hasta el 15M.

Y es cierto que, tras cada una de estas olas de movilización hay un repliegue, un volver a lo local o un retirarse a casa. Pero hay un número creciente de jóvenes que se quedan, por un lado. Y por otro, los siete años ya no son de travesía en el desierto, como se decía en los 90. Están cada vez más jalonados de irrupciones contestatarias y también de formas de organización social desde abajo: comunidades de conocimiento y acción que emanan de internet, centros sociales que se plantean una apertura a la ciudadanía en general, grupos de

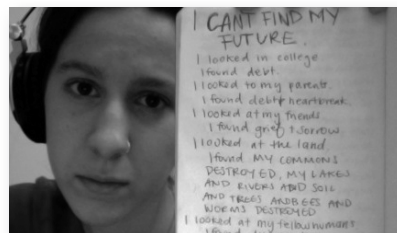
⁶/ Artículo de Stengel, R. (2011) “2011, Person of the Year”. *Time*, vol. 178, n. 25 (traducción propia).

consumo basados en la proximidad de relaciones, formas sindicales más auto-organizadas, partidos políticos de carácter local y asentados en una visión de democracia “desde abajo”, etc.

Además, como hecho catártico que aporta el 15M, esta vez la onda expansiva ha arrastrado masivamente a otras generaciones, ha cuestionado las bases y códigos políticos vigentes desde la misma transición: este magma volcánico ha venido para solidificarse, para dar calor a otras formas de canalizar descontentos, de cambiar situaciones personales y colectivas, de concebir el tránsito de lo político a la política. Su sombra histórica será alargada en este país.

[Los argumentos aquí expuestos forman parte de un futuro libro sobre el 15M que publicaré en la editorial Icaria].

Angel Calle, integrante del 15M Córdoba, profesor de sociología y editor del libro *Democracia Radical* (Icaria).



4. 15M. Más allá de la lírica

Volver a disputar hegemonía

Eduardo Fernández Rubiño y Luis Alegre Zahonero

La llegada del 15M ha abierto un nuevo campo de posibilidades a la izquierda. Tras un largo periodo de retirada y arrinconamiento, se trata no solo de una contestación a la salida neoliberal a la crisis sino también, incluso, del acontecimiento que podría permitir la refundación de una izquierda en condiciones, por fin, de disputar hegemonía.

El punto de partida

Para comprender el proceso que se ha abierto, es preciso que partamos de la situación en que nos encontrábamos antes de abril de 2011. Todos sabemos